

# VÍCTIMAS

de la

*Iglesia*



RELATO DE UN CAMINO DE SANACIÓN



# ÍNDICE

PRESENTACIÓN, de Luis Aranguren Gonzalo .....	5
---	---

## PRIMERA PARTE

UNA REFLEXIÓN CON MUCHOS DESTINATARIOS..., <i>José Luis Segovia Bernabé</i> .....	11
1. A propósito del título .....	11
2. Una palabra entrañable y esperanzadora para las víctimas .....	18
3. Una palabra de la Iglesia y para la Iglesia .....	26
4. Y al fin una palabra de esperanza también para los abusadores .....	39

## SEGUNDA PARTE

EL LENTO PASAR DE LAS PRIMAVERAS, <i>Testimonio anónimo</i> .....	47
--	----

## TERCERA PARTE

PERSPECTIVA PSICOLÓGICA: LA PATOLOGÍA DEL SINSENTIDO, LA SANACIÓN DEL ENCUENTRO SIGNIFICATIVO, <i>Javier Barbero Gutiérrez</i> .....	114
1. Qué hace y qué representa el maltratador .....	116
2. Experiencia emocional .....	117

3. La experiencia de lo corporal .....	118
4. La institución .....	119
5. La necesaria profundización en el vínculo ....	120
6. Culpa, responsabilidad .....	121
7. Claves de comprensión de lo que pasó .....	123
8. Estrategias, claves de manejo .....	128
9. Para terminar... .....	139

VÍCTIMAS DE LA IGLESIA  
RELATO DE UN CAMINO DE SANACIÓN

José Luis Segovia Bernabé  
Testimonio anónimo  
Javier Barbero Gutiérrez

Los derechos de autor de este libro irán destinados a la Asociación LIBERATA.

Diseño: Estudio SM

Foto de cubierta: Tejido de Anastasia Cruz, Zinacantan (Chiapas, México)  
<https://plus.google.com/u/0/114913516202652584466/about>  
<https://www.facebook.com/Kux-lejal-1380766065490785/>

© 2016, de los autores

© 2016, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.

Impresores, 2

Urbanización Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ppcedit@ppc-editorial.com

www.ppc-editorial.com

*Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.*

## PRESENTACIÓN

En la primavera del año 2015 me llegó por correo electrónico la propuesta de publicar el testimonio de una mujer que había sufrido abusos sexuales por parte de un sacerdote. Se trataba –me comunicaba uno de los coautores de estas páginas– de una descripción analítica, llena de dolor y de amor a la Iglesia. Me aseguraba que quien lo escribía no era alguien rebotado ni que pasara factura; todo lo contrario. Y lo que destacaba es el camino de sanación, espiritual y terapéutico, que ella había emprendido en estos últimos años.

Días después tuve la oportunidad de leer el manuscrito de nuestra autora. No pude por menos que imaginar su esfuerzo, su trabajo interior y ese saber estar en sí misma que ha supuesto colocar palabra tras palabra tanto sufrimiento en un relato repleto de lágrimas y al mismo tiempo de esperanza con sabor a primavera. Me pareció un texto auténtico, macerado a la luz de un proceso interior y relacional extremadamente complejo, y escrito con una profundidad y belleza que me dejaron sobrecogido. Me parecía de justicia publicar este libro. Es más, si había que hacer justicia con algún original para publicar, este se encontraba en un lugar destacado por méritos propios.

El objetivo de este libro es triple. En primer lugar quiere dar la palabra a un testimonio vivo de una realidad encu-

bierta en nuestra Iglesia en general y en la española en particular. «Reconozcámoslo –dice José Luis Segovia en estas páginas–, durante mucho tiempo la Iglesia ha tenido pavor a mirar a los ojos a las víctimas. Las ha silenciado, siquiera mirando hacia otro lado o haciéndolas sospechosas, y a los culpables los ha convertido en meras piezas de un triste juego de ajedrez en el que la respuesta consistía todo lo más en cambiar la pieza de casilla. Sin embargo, Dios no pasa de largo. Mira de frente al dolor y se encara con quienes lo han provocado».

En segundo término, este libro pretende mostrar un camino de humanización real y terapéutico que es posible cuando la víctima deja de otorgar poder al abuso para que este no marque y determine la vida. Como escribe en estas páginas Javier Barbero, «no se trata de funcionar “como si” no hubiera pasado, sino de no permitir que aquello tenga la última palabra».

Por último, y de modo especial, este libro quiere presentar un relato sanador que no se quede postrado en el dolor, a pesar de que este tiene un poder enormemente autodestructor. Nuestra protagonista avanza una pista que se constituye en uno de los motores de su relato: «No sé si un día curaré del todo. Lo que sí sé es que solo el Amor puede curar el dolor. Por eso me indigna que sean tantas las víctimas que, lejos de encontrar en su Iglesia el amor y la justicia debidos, solo encuentran humillación, rechazo y desprecio, cuando no desconfianza, recelo y silencio».

La estructura del libro es sencilla y expresa la urdimbre del proceso sanador que encontramos al leerlo. La centra-

lidad del relato la encontramos en la segunda parte, donde la autora de este proceso presenta su testimonio, que el lector comprobará que está escrito con una elegancia, vigor y ternura que no le pueden dejar indiferente. Antes de ese relato nos encontramos con la reflexión de José Luis Segovia, acompañante espiritual en esta travesía. Y la tercera parte está escrita por el psicólogo Javier Barbero, terapeuta de nuestra protagonista. Visto en conjunto, este libro contiene una densidad cooperativa realmente novedosa, interpelante y sanadora. La centralidad del relato de la protagonista se ve abrazada por sus dos acompañantes. Tanto el sacerdote como el psicólogo reflexionan a partir de su experiencia de acompañamiento a la víctima que protagoniza la historia central. Por eso el subtítulo de este libro reza así: *Relato de un camino de sanación*, puesto que las tres partes del mismo configuran de alguna manera un mismo relato sanador. Dicen que la esperanza hay que abrigarla, y en este libro hay dos escuderos que abrigan el aliento de vida plena que nuestra protagonista merece y en el que el buen Dios la aúpa.

Este libro quiere hacer justicia al olvido deliberado que ha maltratado a las víctimas de la Iglesia arrinconándolas y, en buena parte, confinándolas en el silencio. Nuestra autora anónima ha sido valiente al escribirlo, rompiendo de ese modo una inercia de hipocresía institucional y de resignación personal que está llamada a generar no solo caminos de sanación como el que en el libro se muestra, sino también espacios de Iglesia que retornen a la fuente del Evangelio.

Sin duda, estas páginas arrancan de la noche oscura por las que ha atravesado una persona herida y desolada. Pero la



travesía sanadora que ha recorrido en compañía de tan buenos acompañantes queda reflejada en las palabras que se encuentran a continuación: palabras que denuncian y palabras que liberan. Palabras que progresivamente van construyendo un arco iris de color primavera que se sobrepone a la tormenta.

LUIS ARANGUREN GONZALO  
Director de Ediciones de PPC

Por vuestra culpa se injuria el nombre de Dios  
entre las naciones (Rom 2,24).

Sé bien qué significa ser víctima de un sacerdote que con su abuso maltrata el cuerpo, mata el alma y envenena el nombre de Dios. Sé lo duro que es reconocerse como víctima y comenzar a recorrer el camino que lleva a la supervivencia y desde allí a la vida. Sé cuánto odio somos capaces de sentir a causa de la traición de la confianza. Sé cuánto cuesta romper el silencio que nos ata a nuestros agresores. Sé cuánto dolor experimenta quien se topa con Dios en el infierno de los abusos.

Porque lo sé, porque lo he sufrido y, sobre todo, porque hay vida después de los abusos, queremos dedicar este libro a todas las víctimas de abusos sexuales en la Iglesia que, a causa del maltrato, la humillación, el rechazo, la banalización, el desprecio, la sospecha, la negativa a pedirles perdón, el miedo, la soledad, la depresión o la falta de esperanza, siguen esperando, aunque sea con rabia y desdén, que la Iglesia les pida perdón, les tienda su mano y les diga: «Estaré contigo hasta el final».

## PRIMERA PARTE

# UNA REFLEXIÓN CON MUCHOS DESTINATARIOS...

JOSÉ LUIS SEGOVIA BERNABÉ,  
presbítero

### 1. A propósito del título

Más les valdría colgarse al cuello una piedra de molino de asno  
y arrojarse al mar (Mc 9,42).

Me crucé providencialmente con la autora de este libro, ya que no quiero calificarla de víctima, ni tan siquiera de superviviente, aunque haya sido ambas cosas. Había en su rostro, y sobre todo en sus ojos sin vida, un rastro de infinito dolor, de impotencia, culpabilidad, hastío vital, ¡y qué sé yo cuántas más cosas!

Tras largos meses de escucha atenta, sin entender yo casi nada, acabó confesando el origen de su sufrimiento. Aún tuvieron que pasar años hasta que pronunció el nombre del cobarde agresor, de ese «hijo de puta». Con este término valorativo le designó intencionadamente el psicoterapeuta en la primera sesión, rompiendo los moldes convencionales de

la práctica clínica. Desde esta parcialidad en favor de la víctima, reconocida en la objetividad de su humillación y su dolor, se pudo iniciar el duro camino de sanación personal del que da fe este libro.

El daño causado por el abuso sexual es devastador y duradero. Es imposible hacerse cargo de sus dimensiones sin haber escuchado varias veces con suma atención a las víctimas. La suciedad moral de los agresores y sus chantajes invaden todos los recovecos de las víctimas. Es una experiencia innarrable de posesión por el mal que corrompe su vivencia de lo religioso y su relación con Dios. Sin embargo, de ese infierno de minusvaloración, culpabilidad, temor permanente, silencio vergonzante y odio hacia el agresor es posible salir.

El desgarrador y esperanzado testimonio que relata este libro es la prueba más contundente. Para eso y por eso ha querido escribir su autora este texto. Para mostrar a tantas víctimas ocultas, silentes y silenciadas, que es posible pasar de las tinieblas a la luz, incluso aunque se hayan acostumbrado a malvivir en la oscuridad. Soy testigo de las lágrimas que se han vertido detrás de la redacción de cada palabra, pensada, repensada, matizada mil veces. Nadie podrá imaginar jamás el desgaste y el coste personal que ha tenido para ella parir estas líneas. Pero representan, también para ella, la validación de su propio camino de sanación personal y la superación de esa auténtica «invasión del mal».

No nos resultó difícil consensuar el título de este libro. El subtítulo resultó más fácil. En efecto, la pluma de la autora, víctima de abusos por parte de un clérigo, recoge de manera elocuente el abismo infinito que se abre ante quien padece la

prepotencia narcisista y depredadora de un abusador. Es su personalísima culpa y son sus víctimas. Pero también existe una responsabilidad de la Iglesia, y por eso son también «sus» víctimas. Las víctimas de la Iglesia. Sobre todo cuando el agresor ha actuado prevaliéndose de la superioridad moral que le otorga su papel eclesiástico, cuando ha llegado a contaminar con su miseria el ámbito de lo sagrado y, sobre todo, cuando la comunidad cristiana –a la que pertenecen víctima y agresor–, y particularmente su jerarquía, no ha sabido responder con la valentía y la rotundidad que exigían cotas tan altas de dolor, ha jugado al despiste y ha prolongado por décadas su silencio ominoso. Por eso son «víctimas de la Iglesia» y, especialmente, de sus responsables.

Así lo vio el papa Benedicto XVI, el primero en dar un sonoro puñetazo en la mesa para acabar con tanto mirar en otra dirección. Le siguió el papa Francisco. Ambos tomaron esta determinación cuando practicaron la intermediación con las víctimas. Nada como el encuentro personal con el ser humano que ha sufrido la humillación, la contaminación del mal y el infierno. Por eso el papa actual ha podido escribir el 2 de febrero de 2015<sup>1</sup>:

En la reunión que tuve con algunas personas que han sido objeto de abusos sexuales por parte de sacerdotes, me sentí conmovido e impresionado por la intensidad de su sufrimiento y la firmeza de su fe. Esto confirmó una vez más mi convicción de que se debe

---

<sup>1</sup> PAPA FRANCISCO, *Carta a los presidentes de las Conferencias Episcopales y a los superiores de Institutos de Vida Consagrada y a las Sociedades de Vida Apostólica* (2 de febrero de 2015).

continuar haciendo todo lo posible para erradicar de la Iglesia el flagelo del abuso sexual de menores y adultos vulnerables, y abrir un camino de reconciliación y curación para quien ha sufrido abusos [...] [Hay que] promover el compromiso de toda la Iglesia en sus diversos ámbitos [...] para poner en práctica las actuaciones necesarias para garantizar la protección de los menores y adultos vulnerables, y dar respuestas de justicia y misericordia [...] No se podrá dar prioridad a ningún otro tipo de consideración, de la naturaleza que sea, como, por ejemplo, el deseo de evitar el escándalo, porque no hay absolutamente lugar en el ministerio para los que abusan de los menores. Como expresión del deber de la Iglesia de manifestar la compasión de Jesús a los que han sufrido abuso sexual, y a sus familias, se insta a las diócesis y a los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica a establecer programas de atención pastoral, que podrán contar con la aportación de servicios psicológicos y espirituales. Los pastores y los responsables de las comunidades religiosas han de estar disponibles para el encuentro con los que han sufrido abusos y sus seres queridos: se trata de valiosas ocasiones para escuchar y pedir perdón a los que han sufrido mucho.

Esperemos que estas palabras del papa tengan traducciones efectivas en las diócesis e instituciones de la Iglesia, amparadas todavía en el «escaso número de casos» que han aparecido. Lamentablemente hay bastantes más personas afectadas. Sufren en silencio y quieren a la Iglesia más de lo que la Iglesia parece quererles a ellas. En efecto, todos los informes coinciden en que a partir de 2010 se cae en la cuenta de que los abusos sexuales por parte de religiosos son un fenómeno que no solo afecta a comunidades particulares, sino que, lamentablemente, se ha extendido en varios conti-

## SEGUNDA PARTE

### EL LENTO PASAR DE LAS PRIMAVERAS

Una vida sin amor es una vida sin tierra. No tiene hito en su camino ni dirección en su andadura. Su rumbo gira, gira sin hallar casa permanente, estable. Emigrante, peregrino, vagabundo, huésped o amigo, mas siempre itinerante, colmado de ausencia. Soledad que urge desahogo o se torna dramática. Pide palabras, ojos, miradas, entrañas, relación. Los caminos pasan veloces, sin rumbo, y la carne se torna necesitada de abrazo cariñoso y beso limpio. Tierra sedienta de amor, aunque parezca serena, madura, repleta de tareas. Mas una tierra sin amor es estéril; mientras es desposada no se fatiga.

ÁNGEL MORENO, *Palabras entrañables*

El horror, el miedo y el dolor han golpeado durante años mi vida. La reparación ha sido dolorosa. Cruzar el desierto ha sido una misión ardua, pero doy fe de que al otro lado está Jericó. Y si es posible entrar en la tierra prometida, dejar de ser víctima para convertirse en superviviente y desde ahí poder revivir, es porque, aunque los abusos sexuales someten, alienan y corrompen, toda persona abusada alberga en su seno creencias, anhelos y esperanzas a partir de los que es posible volver a nacer.

## I

Todo comenzó un día de la Virgen del Pilar después de una confesión. Él me forzó, yo me resistí y me castigó.

Como un depredador que acecha a su víctima, él llevaba mucho tiempo cercándome. De manera gradual y sutil había ido neutralizando mis defensas al mismo tiempo que tejía una red que, sostenida en la confianza, impedía presagiar lo que iba a suceder. Cuando consideró que ya estaba lista, me asaltó.

Hoy sé, después de muchos años, que en ese preciso instante en el que el agresor cruzó los límites entre los que debe transcurrir una relación de cuidado, se desencadenó un mecanismo perverso de transferencia de la culpa que me convirtió automáticamente en su víctima. Así de cruel es el estallido de una relación de abuso cuyo fin último es el sometimiento y la posesión.

Los abusos dominaron mi vida y se adueñaron de mí, bajo la falsa apariencia del cuidado y la solicitud. Quien abusó de mí consiguió corromper mi mundo de relaciones, me traicionó al brindarme ayudas que siempre se cobró y me manipu-



ló al cargar sobre mis espaldas deberes morales y religiosos que él no dudaba en incumplir.

No es verdad, al menos no lo fue en mi caso, que una víctima no plante cara a su agresor. Yo lo hice; aunque tardé mucho en darme cuenta de que todos mis esfuerzos serían en vano. La capacidad de manipulación de quien abusó de mí fue tal que llegó a convertir mis resistencias en muestras de desconfianza, y mis reproches, en actos de desobediencia. No soportaba verse reflejado en mis negativas. Exigía obediencia e incondicionalidad. Y para conseguirlo transitaba de la provocación a la benevolencia, sin solución de continuidad.

Pronto comencé a comportarme como lo hacen las mujeres maltratadas. La incertidumbre crea zozobra y desasosiego, y sobre todo miedo e inseguridad. Me fui aislando poco a poco, aunque con la precaución suficiente para no despertar sospechas. Aprendí a guardar silencio, a vivir dos vidas paralelas y a desarrollar el arte de la simulación. Me acostumbré a una cueva, angosta y oscura, pero hecha a mi medida. Acepté lo que sucedía, dejé de resistirme y me resigné. Convencida de que no había salida, llegué a creer que solo la muerte me libraría de la condena impuesta. Y, al hacerlo, acabé como Eika Ewald, la protagonista de Zweig, esperando el lento pasar de las primaveras.

Mi vida se había consumido en un suspiro. En mi mente imaginaba la vida como una gran tarta que Dios nos regala al nacer con el propósito de irla degustando poco a poco. Yo había consumido el regalo entero, de un bocado, y en mi vida ya no quedaba espacio para los sueños, los deseos, la alegría y el goce. Mis anhelos dejaron de tener sentido. Todo quedó re-

ducido al cumplimiento fiel de unas obligaciones que, para colmo de males, jamás recibieron justa recompensa.

Es duro decirlo y peor aún vivirlo, pero durante mucho tiempo me sentí prostituida. Y no solo porque quien abusó de mí consiguió dañar la integridad de mi cuerpo, sino porque dispuso de mí para reforzar su poder.

Confieso que muchas veces deseé su muerte. Vivía atada a él por un secreto inconfesable del que ni siquiera podía redimirme el sacramento de la reconciliación. Quise confesarme. «¡Claro que sí! –me dijo él un día–, pero tendrás que hacerlo con otro sacerdote». ¿Cómo podría yo explicar lo que estaba pasando? Me preguntarían cosas, tendría que dar detalles y, sobre todo, tendría que explicar quién era él. Y eso era precisamente lo que no podía suceder. ¡Cuánta perversión! El vínculo espiritual que nace de la confianza en el ministerio sacerdotal se había transformado en el grillete que me mantenía encadenada a mi agresor.

Si algo recuerdo de aquellos años es el miedo. De hecho, la huella del miedo ha quedado impresa en mi vida. Y lo ha hecho hasta tal punto que se ha convertido en mi peor tentación. El miedo se interpone entre Dios y yo, entre mi cuerpo y yo, entre el mundo y yo. Un miedo que me hace estar en vela y me atrapa por dentro hasta agotarme física y emocionalmente.

Los abusos sexuales truncan la vida de las víctimas y traicionan los sueños de Dios. Lo aprendí leyendo a Benedicto XVI. Es aberrante creer, y mucho más decírselo a las víctimas, que en sus vidas laten ocultos designios divinos. ¿Acaso es que Dios, en su infinita misericordia, necesita nuestro dolor para testimoniarnos su amor?

## TERCERA PARTE

# PERSPECTIVA PSICOLÓGICA: LA PATOLOGÍA DEL SINSENTIDO, LA SANACIÓN DEL ENCUENTRO SIGNIFICATIVO

JAVIER BARBERO GUTIÉRREZ,  
psicólogo

Llegó a mi consulta con un enorme bagaje de sufrimiento. Esta es la palabra que mejor define lo que expresaba con sus palabras y con su lenguaje no verbal. Una mujer dañada, asustada, sabiendo que se aproximaba a un espacio desconocido para ella, en el que tenía que plantear –de un modo u otro– algo que había experimentado y que era extremadamente duro, hiriente y humillante: los abusos realizados por un sacerdote. Las conductas del abuso, en sí mismas, son radicalmente reprobables, sin paliativos. Sin embargo, hay algo todavía, si cabe, más perverso; me refiero a ese tipo de vínculo que es capaz de laminar la estructura psicológica y también espiritual de una persona.

Recuerdo que en la primera sesión le planteé, entre otras, dos cuestiones básicas. En primer lugar, si quería dejar el lugar

de víctima en la centralidad de su vida. Es decir, que era víctima de una conducta de un tercero es evidente, y que, además, esto marca de por vida, también lo es. Ahora bien, de ella iría a depender, de un modo u otro, permitir que ello definiera o no la centralidad de la vida. La cuestión no es tanto si eres víctima –que lo eres–, sino si vas a quedarte instalado en ese papel. Dicho en otra clave: uno puede vivir con cicatrices, pero no con heridas abiertas. Las cicatrices te recuerdan que hubo herida, y eso forma parte de tu vida, pero suficientemente bien cerrada, con la marca de la cicatriz, del recordatorio de que eso pasó, ¡claro que se puede vivir! Eso sí, necesita de una decisión real, no solo formal, porque el ser víctima, como luego veremos, también te da un lugar en la vida, aunque este sea deleznable.

En segundo lugar le dije que yo tenía una posición clara. No iba a haber equidistancias en mi discurso. La conducta de ese maltratador es, sencillamente, una *inmoralidad*, sin ningún tipo de matiz, y él es el responsable fundamental del abuso. Me da igual su infancia, sus condicionamientos institucionales, su posible ausencia de educación sexual, las dificultades de vivir el celibato en la sociedad actual, su soledad mal gestionada... No me importa tampoco que en otras áreas de su vida pueda ser muy piadoso, o muy brillante, o muy solidario, o muy... Me da lo mismo. Él era un hijo de puta que había generado mucho daño. Sin matices. Sin medias tintas. En la terapia podremos trabajar muchos elementos, los miedos de la paciente, sus bloqueos, su falta de decisión, etc., pero nada de ello exculpa la acción y la inmoralidad del agresor. Yo soy un psicólogo creyente, pero creo que necesitamos

llamar a las cosas por su nombre, precisamente para poder gestionarlas. El abuso de poder tiene un nombre, y con esto no puede haber neutralidad axiológica. Si usted se pregunta por qué utilicé la expresión «hijo de puta» y no otra de contenido más psicológico, según los cánones académicos, la respuesta es muy clara: porque lo central de estas cuestiones es una *patología moral*, aunque la perspectiva de tratamiento, en mi lugar, sí que tenga un encuadre profundamente psicoterapéutico. Este encuadre, no obstante, no exime de una valoración moral de lo que supone el abuso.

En aras de mantener un discurso medianamente ordenado voy a dividir mi contribución a este libro en algunos apartados.

## 1. Qué hace y qué representa el maltratador

El maltratador, antes de serlo, era –como todos los maltratadores– una persona de confianza. No había sospecha. ¿Cómo se puede sospechar del que es sacerdote, amigo de mis padres, mi confesor, el que bautizó a los hijos de mis mejores amigas...?

Abusó de la autoridad otorgada y de la confianza. Abusó, por tanto, de un intangible básico, de los que sostienen a las personas y sus vínculos. De hecho, la primera vez que abusa lo hace confesando y, por ende, utilizaba siempre la misma fórmula para entrar en casa de su víctima: el acompañamiento espiritual. ¡Maldito bastardo!

Por otra parte, como todo maltratador, su comportamiento era completamente ambivalente. Podía gritar o acariciar,

despreciar o encumbrar... Esa ambivalencia, de tan difícil manejo, genera una enorme confusión en las víctimas. Un maltratador tan inmoral... como seductor y encantador. En el caso de nuestra paciente exigía silencio, le prohibía hablar con nadie sobre lo que ocurría, una demostración más de su poder.

## 2. Experiencia emocional

La persona abusada habla de un mosaico muy variado de emociones dolorosas vinculadas al abuso a lo largo de los años. Destacaría dos de ellas, que son reflejadas muy frecuentemente en la terapia:

- a) *Miedo*. «Tenía miedo de que se enfadara y de que, por tanto, anulara mi vida», decía la paciente. «Él era imprescindible en mi vida. Con él, miedo; sin él, también miedo».
- b) *Indefensión*. Es decir, ausencia de control. «No podía hacer nada para cambiar la situación. Excepto morirme. No estaba en mi mano y, además, posiblemente ni me lo mereciera...».

El miedo y la indefensión generaron llevar dos vidas en paralelo. La de la estudiante, que a la par trabajaba, y la de la persona maltratada.

Una vez habiendo dejado de recibir el maltrato hubo silencio durante al menos un año. Se seguía ocultando, y, una vez más, por miedo. En este caso, miedo a ser juzgada, a no ser